

## § IV.—La religion y lo sobrenatural.

## N.º 1.—¿Toca á la esencia de la religion lo sobrenatural?

La religion del porvenir tiene muchos adversarios; los tiene hasta en el campo de los mismos que la profesan. Por ahora nos limitamos á los ortodoxos y á los libres pensadores, que comparten en este respecto las preocupaciones de la ortodoxia. M. Guizot dice, y tiene razon: "Todos los ataques de que es hoy objeto el cristianismo, por diversos que sean en su naturaleza, parten de un mismo punto y tienden á un mismo fin, la negacion de lo sobrenatural en los destinos del hombre y del mundo, la abolicion de lo sobrenatural en la religion cristiana, como en toda religion, en su historia como en sus dogmas," (1). M. Guizot cree, como todos los ortodoxos, que los que atacan lo sobrenatural atacan la esencia misma de la religion: "El debate, dice, está hoy entre la negacion absoluta de los problemas religiosos y la solucion cristiana de estos problemas," (2). El espíritu del hombre aspira á algo sobrenatural, sobrehumano. No hay que cansarse de decirlo. El mundo finito, con todos sus hechos y sus leyes, incluso el hombre mismo, no basta al alma humana; quiere todavía contemplar y amar algo más grande. De esta ambicion suprema y sublime nace y se alimenta la religion en general, y á esta ambicion es á la que responde la religion cristiana. Desengañense, pues, prosigue M. Guizot, los que se creen todavía cristianos, despues de haber abolido la creencia en lo sobrenatural: es la religion misma en general, y en particular la cristiana, la que han abolido. Su ilusion nace de que ellos mismos conservan un sincero sentimiento religioso, y se creen aún cristianos; pero el error, como la verdad, se esparce y es seguido hasta en sus últimas consecuencias con más rigor del que observa aquel mismo en cuyo espíritu ha nacido. Los pueblos, segun M. Guizot, no son sabios ni filósofos; y si se llega á destruir en ellos toda fe en lo sobrenatural, téngase por seguro que la fe cristiana habrá desaparecido (3).

(1) GUIZOT, *l'Église et la société chrétienne*, en 1861, p. 19.(2) GUIZOT, *Méditations sur l'essence de la religion chrétienne*, p. 11.(3) GUIZOT, *Méditations sur l'essence de la religion chrétienne*, p. 102-104.

En iguales términos que los ortodoxos se expresan sobre este punto los que ya no creen. Los primeros dicen que toda religion se funda en la fe natural ó sobrenatural, para inferir de aquí que, sin la fe en lo sobrenatural, la religion perece; así gritan á los demas hombres: creed en lo sobrenatural, ó quedarán vuestras almas huérfanas de toda religion (1). Por su parte, los libres pensadores afirman que no hay religion que no se tenga por revelada de lo alto, comunicada á los hombres por medios sobrenaturales (2), es decir, que religion es sinónimo de error é impostura, y que, por tanto, debe desaparecer la religion ó quedar relegada, al ménos, á las clases ignorantes y supersticiosas. Bien se ve que un concepto de la religion que lleva á tales consecuencias no puede ser expresion de la verdad. Los ortodoxos se engañan; no ven que ellos mismos padecen una ilusion extraña al confundir la religion con el cristianismo tradicional. Ciertamente que las religiones del pasado se apoyan en una revelacion más ó ménos milagrosa, sobrenatural; pero ¿va á deducirse de esto que la religion es, en su esencia, la fe en lo sobrenatural? También los legisladores de la antigüedad se presumian inspirados por el cielo; y de que Numa haya tenido su ninfa Egeria, ¿es lícito inferir que no puede haber leyes sino por inspiracion divina? ¿Por qué hacer del pasado la regla del porvenir?

No se trata del pasado, dicen los ortodoxos; lo sobrenatural es de esencia de la religion. Esto, respondemos, es cierto ó falso, segun lo que se entienda por sobrenatural. Oigamos á Guizot. Empieza diciendo que Dios es lo sobrenatural en persona. Y ¿qué piensa que es Dios? "En todos los países, en todas las épocas de la historia, en todos los grados de civilizacion, el hombre lleva consigo el presentimiento de que el mundo que contempla, el órden en cuyo seno vive, los hechos que se suceden regular y constantemente en derredor suyo no son todo; su pensamiento no se encierra en este universo, objeto de la ciencia; se lanza más allá:

Tras esos cielos todos reside el Dios celeste.

ha dicho Voltaire, y el Dios que está más allá de todos los cielos no es la naturaleza personificada, es lo sobrenatural en persona." Definido así lo so-

(1) GUIZOT, *l'Église et la société chrétienne*, en 1864, p. 20, 21.(2) FRANCK, *Philosophie du droit ecclésiastique*, p. 171.

brenatural, estamos de acuerdo. Es evidente que no hay religion sin la creencia en Dios; á Dios se dirigen las religiones; para unir al hombre con Dios se fundan todas ellas. Pero la concepcion de Dios, por esencial que sea, ¿no varía segun los tiempos y lugares, segun los grados de civilizacion? El Dios de los pueblos salvajes y bárbaros, ¿es acaso nuestro Dios aún? ¿Adoramos todavía á Júpiter? M. Guizot dice que su Dios es el de los Hebreos y cristianos. ¿Cree, pues, en un Dios que se pasea en un jardin, habla con Adán, y se venga de él con crueldad manifiesta uniendo el insulto á la venganza? ¿Cree en el Dios de San Agustin y Calvino, que predestina la mayoría inmensa de los hombres á muerte eterna? Hay, pues, un Dios de los Hebreos y cristianos que no es el de Guizot: luego la nocion de Dios se trasforma; tiene su pasado y su futuro. Dicho esto, admitimos, salvadas ciertas reservas, todo cuanto M. Guizot afirma de Dios, que ha creado al género humano y á la naturaleza, que les preexiste y permanece distinto é independiente de ellos, que es el Dios activo, presente en todas partes, y que gobierna todo lo que ha creado (1). Creemos todo esto, pero no creemos en un Dios que encarna en el seno de una Virgen, se hace hombre, muere y resucita: hé aquí lo milagroso que rechaza la conciencia moderna, aún creyendo siempre en el Dios cantado por Voltaire.

Todavía hay otra especie de sobrenatural, segun M. Guizot. Entre todos los seres de acá abajo, ora sólo el hombre. De todos sus instintos morales ninguno es tan natural, tan universal, tan invencible como el de la oracion. El niño propende á ella con afanosa docilidad; á ella se repliega el anciano como á un refugio contra la decadencia y el aislamiento. Citamos con placer las frases de monsieur Guizot, á las cuales suscribimos de todo corazón: "Doquiera viven hombres, en ciertas circunstancias, á ciertas horas, bajo el imperio de ciertas impresiones del alma, se elevan los ojos, se juntan las manos, dóblanse las rodillas para adorar ó implorar. Á la oracion es á la que el hombre se dirige para llenar los vacios de su alma ó soportar el peso de su destino; en la oracion busca, cuando todo le falta, apoyo para su debilidad, consuelo á sus dolores." Tan verdad todo ello

(1) GUIZOT, *l'Église et la société chrétienne*, en 1864, p. 20 y siguientes, 32 y siguientes.

como bien dicho; pero habría que preguntar aún si el concepto de la oracion no ha variado también como el de Dios. M. Guizot añade que el hombre busca en la oracion la esperanza para su virtud; ¿Oraban así los Hebreos, que no creían en otras recompensas ni penas que las de este mundo? Y los cristianos, ¿hanorado siempre como M. Guizot? Sólo porque ora, dice, se consuela el alma, se rehace, se calma, se fortalece. Sí, una palabra dirigida á Dios es una palabra que viene de Dios. ¿Y ruegan así los católicos á sus santos? Creen firmemente que Dios, por la intercesion de estos patronos celestes, escuchará sus ruegos al modo casi como un príncipe oye una súplica cuando se la presenta un favorito? ¿Lo cree también M. Guizot? Pregunta cuál es la eficacia exterior y definitiva de la oracion, y responde que es un misterio (1). La respuesta implica una duda. Implica aún que puede haber oracion sin que se pida cosa alguna, sea la que fuere. ¿Hay oracion más bella que la de Cristo? ¿Hágase tu voluntad, Señor, y no la mia! Se puede orar, pues, sin esperar que Dios haga milagros por nosotros. Lo cual no impide creer que Dios interviene en nuestro destino, y que no cae un cabello de nuestra cabeza sin la voluntad de nuestro Padre; pero de esto al fetichismo católico hay un abismo.

No, lo sobrenatural no es la oracion; es el milagro, el misterio, la revelacion de la verdad absoluta por un Dios encarnado en el seno de una Virgen. Hé aquí lo que dicen ortodoxos más consecuentes que M. Guizot: "No concibo, habla M. de Sacy, una religion sin misterios ni milagros. El sentimiento religioso del hombre vibra al influjo de lo maravilloso como la cuerda de una lira al de la mano que la toca. Sin misterios, la religion no sería más que un sistema de filosofia; y sin milagros, ¿dónde hallaría la autoridad que necesita para encadenar el espíritu y el corazón de los hombres?" (2). "Jamás ni en parte alguna, dice el P. Dechamps, ha admitido la humanidad religion apoyada sólo en el testimonio del hombre; pues para creer, ha exigido siempre y donde quiera el testimonio de la divinidad ó la revelacion," (3). Esto sí que es claro y preciso; pero ¡qué impru-

(1) GUIZOT, *l'Église et la société chrétienne*, en 1864, p. 22-24.(2) DE SACY, *Variétés littéraires et religieuses*, t. II, p. 89.(3) DECHAMPS, *le Christ et les Antichrists*, p. 13.

dencia poner la esencia misma de la religion en una revelacion milagrosa! ¿Son quizas los ortodoxos los únicos en ignorar que los milagros se van?

Un escritor de genio que ha sido mucho tiempo una columna de la Iglesia, Lamennais, dice: "Hay milagros cuando se cree en ellos; desaparecen cuando se deja de creer." ¿Y cómo creer en ellos, si el estudio de los hechos nos muestra siempre y por doquiera leyes constantes, invariables? Siglos hace ya que la ciencia observa los fenómenos: ¿dónde está el físico, el astrónomo ó el químico que haya hecho constar un milagro? Esas pretendidas excepciones sólo se ven en la historia de la religion. Los milagros han reinado en ella largo tiempo, hasta el punto de declararlos fundamento del cristianismo. ¿Qué se hace de tal fundamento cuando la conciencia rechaza lo sobrenatural? Hoy es este un obstáculo y un peligro. Un escritor protestante dice que los predicadores mismos no saben ya qué hacer con los milagros. Cuanto más religiosos son, más intimidad y vida tiene su cristianismo, y el milagro desaparece más y más de su enseñanza. En vano tropiezan con él en la Escritura; advierten que se parecen mucho estos relatos milagrosos á las leyendas de los santos. Cuadraban los milagros en la ignorante credulidad de la Edad Media; hoy los niños se sonríen cuando el sacerdote llega á hablarles de milagros. ¿Quién se prevale de ellos? ¿Quién se aprovecha de ellos? La incredulidad (1).

Los hombres que se interesan por la religion deben abandonar lo sobrenatural, no sólo porque ha llegado á ser un peligro para aquélla, sino, ante todo, porque es una ilusion de la fe, cuando no una mentira ó una farsa. Un libre pensador dice que lo sobrenatural es lo imaginario. Hé aquí una palabra franca que ofenderá quizas los oídos piadosos. Pero bajen los espíritus religiosos de las alturas de la especulacion, y vean lo que es lo sobrenatural en la realidad de las cosas. Mientras no se sale de vagas generalidades, como pasa á M. Guizot, se puede hablar en buenos términos de lo sobrenatural, que hasta se evita llamar milagro. Abramos los sagrados libros, donde los milagros abundan, y preguntemos á los ortodoxos si creen en tales relatos. De antemano hemos respondido ya nosotros

(1) SCHREBER, Mélanges de critique religieuse, p. 180.

por ellos: los más crédulos retroceden ante la burla de Balaam, que convierte á su amo; los más piadosos apenas toleran los exorcismos del Evangelio; ¿cómo creer en los demonios que entran en un hato de puercos? Y, sin embargo, la demonología es el verdadero sobrenatural, el reino de los espíritus. ¡Cuántas locuras, cuantos crímenes ha engendrado esta funesta creencia! ¿Hay que recordar, para vergüenza del cristianismo, protestante como católico, las hogueras de las brujas? ¿Y por qué no hay ya brujas? ¿Por qué ha perdido el demonio todo su crédito hasta llamársele el pobre diablo? Si renacieran Cristo y sus apóstoles, ¿pasarían su vida aún echando demonios? Y si lo hiciesen, ¿no se diría que estaban locos?

#### N.º 2.—El supuesto destino sobrenatural del hombre.

##### I.

Los ortodoxos, á su vez, dicen que la negacion del orden sobrenatural es una verdadera locura (1). Hay que ver, pues, de qué parte está el desvarío. Dejemos á un lado la demonología y tomemos lo sobrenatural, que los apologistas modernos quieren defender. El P. Chastel, jesuita de ingenio, ha tratado de dar una apariencia razonable á la creencia en lo sobrenatural. Vamos á dejarle la palabra (2). ¿Cuál es el destino del hombre? Hé aquí la pregunta eterna que se hacen lo mismo la filosofia que la religion. Pero difieren en su respuesta, segun que se colocan, para darla, en el orden natural ó en el orden sobrenatural. Los filósofos, hablamos de los que creen que el destino del hombre es muy otro del que realiza en la tierra, dicen que la felicidad humana consiste en la posesion inalterable de la verdad, en el pleno conocimiento de Dios: este es el término ideal de nuestro destino. Pero se ha de entender que esta aspiracion, con ser incesante en el hombre, no se realiza por completo jamas, sino sólo en los límites de nuestra imperfecta naturaleza. De donde se sigue que nuestro conocimiento de

(1) FLAVET, l'Évangile et l'Histoire (Revue des Deux Mondes, 1863, t. IV, p. 569).

(2) CHASTEL, la Religion naturelle et la religion surnaturelle (Le Correspondant, revue mensuelle, 1859, t. XLVIII, p. 610 y siguientes).

Dios, de la verdad, de la belleza y del bien, aunque aumente y se extienda sin fin, no difiere con todo en esencia del que tenemos ahora. Nuestra manera de comprender, de ver y de amar, será siempre la misma que ahora, aunque llegue á hacerse muy superior en grado y alcance un desarrollo, un perfeccionamiento maravilloso. Este destino natural que nos pone en posesion de toda la verdad á que puede elevarse la criatura, y que nos permite practicarla, extendiendo sin cesar nuestro amor, no satisface á los ortodoxos; necesitan un destino sobrenatural.

"La revelacion divina, dice el P. Chastel, propone á la humanidad, como término de su vida, una dicha nueva, una vida eterna, no sólo superior en grado, sino en esencia, á la anterior; una vida que no desarrolla ya sólo la naturaleza, sino que está sobre toda naturaleza creada, una vida sobrenatural. No es una vida humana, sino vida divina, pues es una participacion en la vida de Dios." Magnífico; hémos en el séptimo cielo. ¿Va á decirnos el P. Chastel lo que allí pasa? ¿Qué cosa es esta vida divina con que nos convida? Es sobrenatural, dice; luego imaginaria, decimos nosotros. El reverendo padre declara que ningun doctor sabrá decir jamas exactamente en qué consiste esta vida del cielo. "Ningun ojo ha visto, ningun oído ha escuchado, ningun espíritu ha comprendido qué conocimiento y amor son estos de que Dios llenará las almas de sus elegidos." Hablar así, ¿no es definir lo imaginario? ¿Una cosa que no podemos ver, ni oír, ni concebir! Todo cuanto sabemos de nuestra vida en el cielo, prosigue el P. Chastel, es lo que se ha dignado revelarnos la bondad misma de Dios, á saber: que lo veremos cara á cara. ¡Si Voltaire resucitara, él, tan amigo de reír de las sandeces humanas! Dios tiene, pues, una cara, y nosotros la veremos, lo que se llama ver. Conoceremos á Dios tal como es. El sér finito verá al infinito, y lo verá en su esencia. ¿No equivale esto á decir que el sér finito se confundirá con el infinito, el Creador con la criatura? Si un libre pensador dijera enormidad semejante, se gritaría: "panteísmo," de seguida. Pero es Santo Tomas, y á él se le permite decir que el conocimiento que tendremos de Dios en el cielo, los elegidos se entiende, nos transformará en Dios, nos hará participes de su naturaleza, nos deificará, en una palabra. La expresion es del Ángel de las Escuelas; por ella se ve hasta dónde puede llegar

el extravío de la imaginacion cuando discurre por un mundo imaginario.

Pero lo imaginario oculta un orgullo inmenso. ¿Quién es, en efecto, el que tendrá parte en esta dicha sobrenatural? No hay que decirlo; sólo los elegidos serán deificados. Comparemos, pues, el destino de Sócrates y de Spinoza al de un simple fiel. Suponemos que no están en el infierno, aunque verémos pronto que allí están; supongamos ahora que se hallan en el cielo filosófico. Han llegado allí á toda la perfeccion de que el hombre es capaz en inteligencia y en amor. Pues bien, nuestro reverendo padre declara que serán muy inferiores al menor de los fieles que haya alcanzado un grado cualquiera de gloria sobrenatural; no hay comparacion entre su grandeza y la de los dos filósofos, porque aquélla es de diferente naturaleza que ésta. En efecto, el menor de los fieles estará deificado, mientras Spinoza y Sócrates seguirán siendo, como Dios los hizo, hombres. Por nuestra parte, ni somos fieles, ni Spinoza ni Sócrates mucho menos; no envidiamos con todo, en manera alguna, esa dicha inconmensurable; nos contentamos con nuestra condicion de hombres.

Siendo el destino sobrenatural distinto por su esencia misma del natural que la filosofia asigna al hombre, está ya dicho que los medios de realizar fines tan diversos han de ser tambien diferentes. Tratándose del destino natural, ya se sabe que el hombre debe perfeccionarse sin cesar, es decir, que está llamado á trabajar, á continuos esfuerzos para desarrollar sus facultades intelectuales y morales. ¿Qué mezquinos son estos medios comparados con los caminos sobrenaturales que conducen á los fieles á su fin sobrenatural! ¿Cuál es entónces el medio de deificarnos? La gracia. Cosa maravillosa es esta: hace más que prepararnos á la vida divina; es ya la vida divina comenzada en esta tierra. En efecto, la vida de los fieles acá abajo es de la misma esencia que la vida de los bienaventurados en el cielo; esta será, sin duda, más perfecta que la terrestre, pero es de igual naturaleza; la vida de la gracia lleva á la vida de la gloria, que es su florecimiento definitivo y eterno.

Pero toda vida, mientras se realiza en la tierra, debe ser vida real; la dicha de los elegidos, pues, durante su vida terrestre ha de ser una dicha visible. Si deben éstos convertirse en dioses, serán ya dioses en gérmen; pues, como dice el P. Chas-

tel, la vida del germen es la misma que la del árbol. Por manera que el simple creyente, ya desde esta vida, es infinitamente superior á Spinosa y á Sócrates. En vano dedica Spinosa su vida á buscar la verdad, en vano consagra Sócrates la suya á perfeccionarse á sí y á los demas; ¡les falta la gracia! ¿Qué es, pues, este dón divino que trasforma los simple fieles en dioses? Otro misterio impene-trable á nuestra razon; tal es la respuesta del Padre Chastel. Y lo que es todavía más misterioso: esta vida nueva que la gracia engendra no la sentimos. ¡Tan palpable es, ciertamente, lo imaginario, que el jesuita mismo se pregunta si no es una alucinacion, si no es ilusion del hombre que cree percibir como existente en el fondo de sí mismo el objeto ficticio de su pensamiento!

¡Tranquicense los fieles! La gracia, la vida de la gracia, no es ficción ni ilusion, es un dogma capital del cristianismo. Sea; pero ¿quién nos asegura á nosotros, libres pensadores, que no sea una ilusion este dogma? ¡Singular testimonio el de un testigo idéntico á aquel de quien testifica! ¿Qué es esta gracia, realidad existente, y que tiene por garantía, qué? ¿La garantía de la fe, es decir, lo imaginario hipotecado sobre lo imaginario? Una *realidad existente* es una cosa palpable. ¡Y, sin embargo, esta *realidad existente* no la sentimos en nosotros! ¿Se manifiesta, al ménos, en nuestra vida exterior? Por toda respuesta se nos da lo imaginario aún, el galimatías, íbamos á decir. Es un *hecho* que el cristiano, lleno del espíritu de Dios, vive por gracia de éste una vida divina. ¡Un *hecho!* ¿Sabe el P. Chastel lo que dice? ¡Ha olvidado quizás lo que es un hecho á fuerza de vivir en un mundo imaginario! Pero vuelve sobre sí y dice: No es el cristiano el que vive esta vida, es Dios que vive en él. Luego el *hecho* es entónces la vida de Dios en el cristiano. ¡Dios viviría, pues, en nosotros sin que llegáramos á sospecharlo! ¡Y eso que esta vida es tan poderosa, que se la dice superior á la vida natural, humana, tanto como lo es ésta á la animal, tanto como la animal á la vida de la planta! Hay algo superior aún á esta vida imaginaria: el poder de ilusion necesario para creer en ella.

Oyendo al P. Chastel, había que tener lo *imaginario* por más cierto, más evidente que los axiomas de las ciencias exactas; es, á su juicio, la esencia revelada. Lo será, indudablemente, para los que creen en la revelacion. Pero habrá que demos-

trar ésta; pronto hará dos mil años que la humanidad espera la demostracion, y á medida que se la dan por más cierta, ménos cree en ella. “No, dice su reverencia; los filósofos espiritualistas no se atreven ya á negar la revelacion., Ignoramos quiénes son esos filósofos tan poco atrevidos; serán, sin duda, los que llevan cirios en las procesiones y están descubiertos delante de la Iglesia. En cuanto á los filósofos que se atreven á pensar, se atreven á más que á negar la revelacion, niegan su posibilidad misma. Y no son los filósofos sólo los que se atreven á tanto; en púlpitos cristianos se predica que la revelacion milagrosa es una ilusion de la fe, que los actos sobrenaturales con que el cristiano adquiere, conserva y aumenta en sí la vida de la gracia son invenciones sacerdotales cuyo objeto no es sino muy natural, el dominio de la Iglesia, y el efecto una cosa no ménos natural tambien, la supersticion más cañdorosa que se imaginó jamás, á saber: la de que el sacramento del bautismo asegura al niño que muere la bienaventuranza sobrenatural, á que no llegan Spinosa y Sócrates tras una vida entera de piedad y caridad.

No concluye todavía lo imaginario. El orden sobrenatural no es únicamente un hecho, un dogma, es una necesidad aún; es decir, que es obligacion de todos los hombres penetrar en su esfera. Si el término es obligatorio, lo son tambien los medios, pues sólo ellos guardan relacion con el fin á que hay que aspirar, y ademas Dios los ha establecido para que nos conduzcan á dicho término. Si, por el contrario, fuese el fin potestativo, se podría decir que los medios que llevan á él cesaban, por lo mismo, de ser obligatorios. Hay, pues, que demostrar que el hombre está obligado á buscar la beatitud sobrenatural, como fundada por Dios. La demostracion va dirigida á los libres pensadores que creen que la religion natural basta al hombre, qui-mera é ilusion que les preparan la más terrible de las decepciones. Nuestro reverendo padre va á probar que aún trabajando incesantemente en su perfeccionamiento, los hombres van derechos al infierno, á ménos de estar bautizados, confesarse y comulgar, ayunar el viérnes é ir á misa el domingo.

Nada es más fácil que esta prueba, segun el padre Chastel. Abundan los testimonios de que Dios nos obliga á aspirar al destino sobrenatural que nos propone, so pena de condenarnos: ¿son estos testimonios los consignados en la revelacion? El

ingenioso jesuita olvida sólo una cosa, y es que para los libres pensadores, á quienes se dirige, la revelacion es lo *imaginario*; de suerte que su demostracion se reduce á probar ensueños con sueños varios. Oigámoslo, con todo; se trata de nuestra salud eterna: “El Hombre-Dios ha pronunciado esta sentencia: Predicad el Evangelio á toda criatura; el que no crea será condenado., Y adviértase, dice el reverendo padre, que no quedan exceptuados los filósofos, aunque sean espiritualistas. Como nosotros no pertenecemos á los últimos, sino á los primeros, permítasenos reclamar. Ante todo, ¿qué es el Hombre-Dios? La quimera en persona, lo imaginario por tanto. Y ademas, ¿se sabe de cierto que predicase Jesucristo la necesidad de creer, para salvarse, en la Inmaculada Concepcion? Hemos leído y releído el Evangelio, sin hallar jamás en él otras obligaciones que las declaradas por el espiritualismo, es decir, la religion del espíritu. Ciertamente que en la Epístola á los Hebreos se lee que sin fe no es posible agradar á Dios. Pero ¿ignora el sabio jesuita que esta epístola no es de San Pablo? Y aunque fuese del apóstol, faltaría probar que éste nos obliga á ayunar el viérnes, cuando, en realidad, se subleva contra esas mezquinas observancias de una fe supersticiosa. San Juan figura tambien entre los numerosos testimonios que el padre Chastel invoca contra los filósofos espiritualistas para convencerlos de que deben ir á confesarse, si se interesan por la salud de su alma. ¿Y si fuese este San Juan un apóstol imaginario? Todo el edificio divino, construido sobre cimientos imaginarios, ¿no resultaría imaginario tambien? ¿No lo serian igualmente el fin sobrenatural y los medios sobrenaturales?

Llegamos á la terrible decepcion “de los filósofos espiritualistas., Prescinden éstos de buena gana, parece, de la beatitud sobrenatural: los más sinceros llegan á decir que no quieren el cielo de los cristianos, porque se morirían en él de tedio; se contentan, como decia Lessing, con la indagacion eterna de la verdad, y los hay que hasta pretenden que esto mismo, ni más ni ménos, es lo que predicó Cristo cuando dijo: “Sed perfectos como vuestro Padre en los cielos., Nuestro jesuita va á destruir ilusion tan funesta de los libres pensadores. ¿Por ventura, exclama, un miembro del cuerpo humano conservaría, separado del organismo á que está unido, no digo la vida del alma, pero ni la

vida inferior, la vida orgánica? Pues esta es, sin embargo, la pretension de los filósofos espiritualistas: renuncian á la vida sobrenatural, y querrian conservar al mismo tiempo la plenitud de su vida natural. ¡Qué absurdo! En efecto, decimos nosotros, es querer guardar lo *real* renunciando á lo *imaginario*. ¡Error! Los filósofos no quieren una vida *imaginaria*; por esto sólo pierden la vida natural, han muerto, y su muerte es la del alma. Están, pues, condenados los filósofos espiritualistas, Sócrates y Platon, Ciceron y Séneca, Marco Aurelio y Epicteto; tal era lo que se queria demostrar. Falta convencer á los libres pensadores de ininteligencia; hablamos de los espiritualistas modernos, que, segun el P. Chastel, no pueden ya eximirse de rendir homenaje á la revelacion; leen su sentencia de muerte en las Sagradas Escrituras, dictadas, como deben saber, por el Espíritu Santo, ¡y se obstinan en querer condenarse!

Hé aquí, prosigue nuestro reverendo padre, lo que nos enseña la revelacion divina. Es cierto, pues, que Dios, al llamarnos á la dicha sobrenatural de la eternidad, nos obliga rigurosamente á aspirar á ella, bajo pena de perder, no sólo esta bienaventuranza sobrenatural, sino toda dicha, condenándonos ademas á suplicio eterno. Duro es esto, responden los espiritualistas, que el P. Chastel apellida naturalistas, porque tratan de observar la religion natural. ¡Castigarnos con muerte eterna, porque creemos imaginaria la bienaventuranza sobrenatural y nos contentamos con las facultades que Dios nos ha dado! ¿Por qué Dios nos impone, no ya una dicha imaginaria, sino aún la creencia en ella? ¿Por qué? replica el P. Chastel. Adán y Eva preguntaron tambien por qué Dios los echaba del Paraíso y los condenaba á muerte, no habiendo hecho más que comer una manzana. ¿No es Dios el que manda? Si le place imponer un mandamiento ó una prohibicion que no comprendéis, ¿á vosotros os toca más que obedecer? ¿No tiene el derecho de dictaros leyes? ¿Y no sois su criatura para someteros á su voluntad? Digna conclusion de lo *imaginario*. ¡Un Dios imaginario haciendo de una vida imaginaria la condicion para la salud de los hombres! Dicha es que el Dios de los ortodoxos sea imaginario. Pues si su Dios, que se complace en leyes arbitrarias ó leyes, cuando ménos, que no pueden comprender los hombres, fuese, en realidad, el único, los hombres se dirían: más vale que